

ct

Los cerdos

de
Silvia Peláez

(fragmento)

PERSONAJES

ALE - 8 o 9 años

ENE - 8 o 9 años

ALEJANDRA – 45 años

IRENE – 45 años

1

Alejandra teclea en una vieja máquina de escribir. La habitación está en penumbras e iluminada por varios quinqués.

Zumbido de moscas.

Se detiene. Relee lo escrito. Murmura. Se espanta la mosca. Saca bruscamente la hoja de la máquina, la arruga y la arroja al suelo, junto a otras más. Enciende un cigarrillo.

Alejandra introduce una nueva hoja y recomienza el tecleo.

El zumbido de moscas se incrementa.

Irene, la observa. Parece haber estado bajo la lluvia. Lleva en la mano una bolsa de papel estraza.

Irene rodea a Alejandra, quien parece sentirla pero no la ve.

Cuando Alejandra escribe concentrada, Irene se sienta en una mecedora frente a ella y la observa. En la mano sostiene una veladora.

ALEJANDRA

Moscas. Pero si todas las ventanas están cerradas. ¿De dónde salen estás moscas?

Alejandra mira a la mosca posarse sobre el escritorio.

Deja caer mano abierta sobre la mosca y busca el cadáver en el piso.

Irene se mece y mete la mano en la bolsa.

Irene ríe. Alejandra no la escucha.

ALEJANDRA

Escapó. La mosca seguramente escapó.

Se escucha el zumbido a un alto volumen. Alejandra lo combate tecleando a toda velocidad.

2

Zumbido de moscas. Un chiquero. Se escucha gruñir a los cerdos que retozan en el lodo. Por fuera del chiquero, dos escalones precarios: de un par de ladrillos cada uno.

A los lados, altas plantas de maíz, despeinadas, medio secas y sin cuidado alguno. La luz de la mañana hace brillar un trozo de espejo en la tierra.

Entra ENE con uniforme: falda guinda plisada, blusa blanca manga corta y corbatín guinda también. Es más bien llenita y tiene bien desarrollados sus senos que bailan libres bajo la camiseta.

Detrás viene ALE, vestida igual. Es muy delgada, de cabello largo peinado en coletas.

Las dos se empujan sobre el chiquero paradas en los ladrillos. Zumbido de moscas. Ríen y sus risas se mezclan con los gruñidos de los cerdos cuyo volumen va en aumento.

ENE

¿Por qué chillan así?

ALE

No sé.

ENE

¿Todos son niños?

ALE

Machos, se dice machos. Y hembras. Yo creo que son de los dos.

ENE

Pero hoy chillan muy raro.

ALE

Sí, como más fuerte. Y mira ese, cómo se trepa en el otro.

ENE

Y lo muerde.

ALE

Ha de ser hembra.

Silencio.

ALE
Ya sé.

IRENE
¿Ya? ¿Qué?

ALE
Están apareándose.

ENE
¿Apa... qué?

ALE
Juntándose. Para hacer cerditos.

ENE
Ah. Entonces ¿va a haber cochinitos?

ALE
En un tiempo.

ENE
¿Te da miedo?

ALE
No. Siento cosquillas.

ENE
¿Cosquillas?

ALE
Como ganas de hacer pipí.

ENE
Hay muchas moscas. Me hacen cosquillas en la cara.

ALE
Muchas. Muchas.

ENE
No me gustan las moscas. Vuelan y se paran en la caca.

ALE
Y zumban. No sé qué quieren. Pero no se callan.

ENE
En el chiquero hay demasiadas.

ALE

Y los cerdos como si nada.

ENE

Mira ese. Tiene como un millón de moscas en su lomo, y nada.

ALE

Nada.

ENE

¿Sigues con cosquillas?

ALE

No. Creo que ya me hice.

ENE

¡Qué cochina!

Ambas ríen.

Oscuro breve.

3

*Alejandra se soba la mano, después de
haber golpeado el escritorio.
Enciende una vela y reza algo en silencio.
Vuelve a escribir.*

*Irene juega al “avión” aventando la bolsa
de papel arrugada.*

ALEJANDRA
en mis pesadillas hay agua
agua estancada
agua en albercas
agua de río, de mares y manantiales,
agua de lluvia,
agua de regadera,
agua del excusado,
agua limpia
y agua sucia...
Suenan golpes en la puerta.
En mis sueños, también hay olores,
desagradables, placenteros,
placenta, ahí se está agusto,
placen los cerdos,
a veces muy desagradables.
Huele a...
Huele a...

Suenan golpes en la puerta.

ALEJANDRA
No quiero cenar. Vete. Tengo que estar sola.

El viento apaga la vela.

*Irene, sentada en el piso, rueda la bolsa de
papel convertida en pelota.*

Cuando llegué, nadie. No había nadie.

El chiquero está tranquilo: Las plantas de maíz se mecen, de ellas emerge ALE que busca abrirse paso.

ALE

Ene, Ene. ¿Dónde estás? No hay nadie, ni una monja ni una niña. Ni tú, Ene. (*Va a asomarse al chiquero. Se frena.*)

ALEJANDRA

Enciende la vela.

Cuando crezca. Y nunca me compró aquel marranito mi padre. Yo soñaba con tenerlo cara a cara son su trompa tocando mi nariz, y haciendo ese ruido gutural (*lo imita*), ese gruñido que no consigo sacar de mi memoria.

IRENE

Todo empezó entonces. O no. Nunca se sabe cuándo realmente empieza algo. Si fue cuando mi padre dejó a mi madre, o tal vez él nunca estuvo. O fue cuando Ale y yo íbamos al chiquero. O cuando tuve mi primera menstruación. O cuando el sangrado fue señal de pureza. O cuando quedé embarazada sin haberme casado. Y entonces, entonces me casé. Hubiera querido repetir la acción sutil y complicada del aborto, pero no tuve valor. ¿Fue eso? ¿Falta de valor?

Saca una tabla con cuchillos de cocina de diferentes tamaños.

Nunca me gustó cocinar. Pero lo tuve que hacer. Siempre he tenido que hacerlo. Así que no fue falta de valor. La segunda vez simplemente no pude. Él lo sabía.

Tampoco puedo deshacerme del olor, la peste.

ALE

No, Ale, no. No te asomes, Ale. Siempre los vemos juntas, en eso quedaste con Irene. Juntas. Ver sola a los cerdos es algo peor que el pecado más feo. (*Se sienta en los ladrillos. Escucha a los animales. Mueve la tierra con un palo.*) Pediste a papá un marranito y ¿qué te dijo? Te lo doy pero cuando crezca lo vamos a hacer chicharrón. ¿Por qué tiene que ser así?

ALEJANDRA

Cuando crezca...

ALE

Yo no iba a comérmelo. Claro que no. Los pequeños marranos, color rosa, se sonríen cuando te miran. Estos no. Estos son sucios. Verdaderos cochinos. Lechones, dice mi papá. Uno de esos quiero. Mientras vengo a ver a estos que no son rosita, ni sonríen. Apestan y chillan. Todos tienen hambre o todos... ¿Irene eres tú? No.

Silencio. Juega con el palo en la tierra.

Pero me gustan y a Irene también. Y nos aguantamos el olor. (*Toma aire por la boca, infla las mejillas y se tapa la nariz.*) ¿Cómo huele ahí? (*Saca el aire de un golpe.*) Te preguntó el otro día tu primo el dientón y no supiste qué decirle, Ale.

ALEJANDRA

Enciende velas.

¿Cómo describir esa peste? Era asqueroso pero soportable.

Irene, sentada en el piso, rueda la bolsa de papel convertida en pelota.

El sabía que la segunda vez... que no iba a poder hacerlo. Cuando se lo dije, sólo sonrió. Con esa sonrisa que deja ver un triunfo sobre el otro. Él había ganado. Lo supe. Porque la segunda vez... Aquella primera vez, Alejandra me acompañó. Cuando se lo dije me sonrió con esa sonrisa de compasión que significa: te comprendo. Y me acompañó. Y fui valiente. Fuimos valientes. La segunda vez, ella no estaba. Se lo dije a él, y respondió: Tendrás que casarte. No dijo casarnos. No, dijo: casarte. Y así fue. Me casé con él.

ALE

Ya deberías estar aquí, Irene. Nomás falta que la madre superiora... pero no. ¿No te habrás metido a retozar con los marranos, verdad? ¿O te resbalaste y caíste y ellos te comieron?

(Se asoma al chiquero.)

ALEJANDRA

Aquel aroma no he vuelto a olerlo. A veces voy en la carretera y llega un aire fétido, seguido por un camión de rejas lleno de cerdos que van al matadero. Es un olor distinto. Es el del chiquero con el de la adrenalina. Ellos saben que van a morir. No lo presienten. Lo saben. Llevan esa información en su código genético. Como el suicida que sabe que un día realizará la hazaña última.

En mis sueños también hay heces. Agua y heces. Aromas dulces y olores fétidos.

Irene juega con la jarra de agua del escritorio. Deja caer trozos de la bolsa de papel.

IRENE

No es falta de valor... Le dije. Pero no escucho. Y cuando nació la niña, chillaba de tal modo que imaginé aquellos cerdos del patio de atrás de la escuela.

ALEJANDRA

Tu abuela te contó cómo un hombre se fue de borrachera varios días. Al regresar una noche a su casa, alcanzó a oír el chillido de los marranos y recordó. No los había alimentado. Borracho y tambaleándose, se subió a la barda del chiquero. a aventar la comida de los cerdos. Como llevaban días sin comer, parecían fieras. El hombre se inclinaba a un lado y a otro a punto de perder el equilibrio y recuperándolo con la ayuda del balde en que llevaba la comida. De pronto, fue incapaz de poner de nuevo el pie sobre la barda y cayó al chiquero. De inmediato los cerdos se abalanzaron sobre él, lamiendo primero el alimento derramado y después mordiendo al hombre. Los cerdos dejaron de chillar mientras nadie escuchó los gritos del hombre mientras fue devorado.

Zumban las moscas. Alejandra trata inútilmente de matarlas.

ALE

Dicen que si están hambrientos, comen gente.

Irene toma una fotografía del escritorio, la mira y sonríe.

Zumban las moscas.

ALE

Pues no los voy a ver hasta que llegue Irene.

Las plantas de maíz se mecen. Ale disfruta del viento.

ALE

(Se asoma al chiquero.) Hola. *(Se empina sobre los tabiques.)* Pues no los voy a ver. No los voy a observar hasta que llegues. Si me caigo, ¿me comerán? No. No me comerán. No dejaré que me muerdan. Aquí tengo este palo y ya verán, cerdos cochinos. *(Se tapa los ojos.)* No debo verlos. *(Baja de los tabiques.)* Te dije clarito, espérame en la puerta que da al último patio. Cuando yo llegué nadie. Ni tú. *(Va a asomarse de nuevo al chiquero. Se frena.)* No, Ale, no. Siempre los vemos juntas. Juntas. *(Se sienta en los ladrillos escuchando a los cerdos. Mueve la tierra con el palo.)* Apestan y chillan. Pero me gustan y a Irene también. Y nos aguantamos el olor.

ALE

Huele a... a... como a... huele como a todos los pecados del mundo salidos por la cola del diablo; como a todos los muertos llenos de gusanos. Le dije a mi primo el dientón.

ALEJANDRA

Porque mi papá dice que los muertos apestan y nacen gusanos de su cuerpo. Los cerdos, los de entonces, no tienen gusanos. Yo no quiero que me entierren

Estos no tienen gusanos.

(Con el palo encuentra en la tierra un trozo de espejo. Se mira.) ¿Cómo tienen los ojos los cerdos? Casi no miran para arriba y sólo veo sus pestañas largas muy largas, blancas muy amarillas.

IRENE

Los cerdos del patio, detrás del maizal. Nadie los oía. Sólo Ale y yo.

ALE

(Ruidos en la milpa.) ¿Irene? ¿Ya llegaste? No. Ha de ser el aire. Que no haga mucho, por favor. Cuando hace mucho aire, suben más fuertes los olores del chiquero. *(Silencio de ella. Sonidos de los marranos.)* ¡Ya, cállense! Si gritan así, va a venir la madre Amparo y me va a ver aquí sentada y no voy a poder platicar con ustedes. Irene y yo les gritamos pero ellos parecen sordos. ¿Son sordos los marranos? A lo mejor por eso chillan así. No nos miran. Ellos no oyen los chillidos. El mío no es sordo, el color de rosa, no, el de mis sueños, no. *(Baja el espejo. Estira los labios al frente.)* ¿Y la trompa? Tienen la nariz como un tubo corto con dos agujeros y debajo tienen la boca. *(Cierra los ojos.)*

ENE

Hocico. Tienen hocico, Ale.

ALE

¡Irene! ¿Dónde estabas? ¿Dónde te habías metido?

ENE

Me encontré a la madre Amparo.

ALE

Pero no le dijiste, ¿verdad?

ENE

No, no. Claro que no. Casi me ve. Y entonces me fui a esconder a las escaleras de los dormitorios y esperé ahí hasta que se fuera. Y luego me encontré a Ofelia y su hermana.

ALE

Y tampoco les dijiste.

ENE

No, no. Este es nuestro secreto.

ALE

Los cerdos.

ENE

Marranos.

ALE

Cochinos

ENE

Puercos.

ALE

¿Cuántos nombres tienen?

ENE

Huy, miles. Pero sólo sé esos.

ALE

Kuino. Mi papá también dice kuino. ¿Nadie te vio?

ENE

Que no. ¿Nos asomamos? ¿O ya los viste tú?

ALE

No, sola no. Siempre juntas las dos.

Se asoman al chiquero paradas en sus ladrillos. Chillidos y gruñidos de los animales.

6

IRENE

Ale decía que ella no se iba a casar. ¿Cómo podía saberlo? Teníamos ocho o nueve años. Después de aquel día en que vimos a los cerdos aparearse, pasaron muchas cosas. Yo no pude olvidarlas. Ella no sé-

ALEJANDRA

Avanza hacia proscenio.

Teníamos ocho o nueve años, tercero o cuarto de primaria. Las monjas de la escuela ocultaban algo, estábamos seguras. Era como una doble vida. Irene y yo íbamos a descubrirlo.

ENE

Mira ése. El café. Está más grande, ¿no?

ALE

¿Más grande que ayer? ¿Se te hace? Yo lo veo igual.

ENE

No. Está diferente.

ALE

¿Será macho o hembra?

ENE

Quién sabe. A lo mejor Fabiola...

ALE

No le habrás dicho, ¿verdad? ¿Segura que no te vio nadie abrir la reja? Si Fabiola...

ENE

La reja estaba abierta y nomás me deslicé.

ALE

Sí, ya sé de lo que es capaz esa niña.

ENE

No, no le dije. Este lugar es tuyo y mío.

ALE

Y de los cerdos.

ENE

Los marranos aquí viven y nosotros los visitamos. No son nuestros.

ALE

Como si lo fueran. Una cosa es tuya si la ves mucho mucho. Sólo nosotros. ¿Es un trato?

ENE

No. Las cosas no son nunca tuyas.

ALE

¿Y si alguien nos está viendo? ¿No lo sientes?

ENE

¿Qué dices?

ALE

Como unos ojos que nos ven.

ENE

Serán los de los marranos.

ALE

Cómo crees. Los cerdos están allá abajo.

Miran los cerdos, luego a su alrededor. Quedan paradas sobre los ladrillos, las manos en el borde del chiquero mirando hacia el frente. Baja la luz en esta área y sube en el escritorio.

ALEJANDRA

Estaba el primer patio con las oficinas y ese caminito con plantas que llevaban a comedor y a la cocina. Había internas y medio internas. Las internas ahí vivían, y las medio internas ahí comían. Luego estaba el segundo patio con el edificio de dos pisos y salones distribuidos desde el primer grado hasta el bachillerato. Y ahí parecía terminar la escuela. Había una reja, y a un lado la tiendita. Yo tenía el cabello lacio entonces. (*Saca un espejo.*) Y era muy delgada. Mis ojos son los mismos, pero yo he cambiado.

*Avanza hacia el chiquero. Las niñas no la ven.
IRENE se sienta en el escritorio. Enciende las velas*

ALEJANDRA

No huele bien. Aquí apesta. Pero a la hora del recreo sólo pensábamos en ir a ver aquellos cerdos. Últimamente la memoria me trae aquí con insistencia. Hace un momento, por ejemplo, estaba yo en la cocina. Preparaba queso con chile al estilo de mi padre. De pronto, el olor del epazote, me transportó aquí. ¿Por qué el epazote? En este chiquero no hay yerbas. Sólo esas plantas de maíz medio secas. El recuerdo de Irene, Ene, como le decía. Así, de repente, el recuerdo asoma su trompa y se abre paso en el presente. Aquí están los tabiques. Y el chiquero.

Se escucha el ruido de los cerdos.

ENE

Ya, no me asustes, Ale.

ALE

En serio. Es como cuando estás en un cuarto y sientes que alguien te espía.

ENE

¿A ti te han espiado?

ALE

No. Pero me lo imagino. Así siento.

ENE

Me estás asustando.

ALE

No te asustes. Mi abuela dice que si es un aparecido le digas de groserías y se va.

Se miran.

Alejandra toma un palo del suelo.

ENE

Mira, mira. El palo está flotando.

ALE

Ha de ser el aire.